



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

INTELIGENCIA ARTIFICIAL, CULTURA Y PULSIÓN

SEBASTIÁN PLUT

stplut@gmail.com

Inteligencia artificial, cultura y pulsión

*“La tierra que habitamos es un error,
una incompetente parodia.
Los espejos y la paternidad son abominables,
porque la multiplican y afirman”*
Jorge Luis Borges

*“La ciencia ha hecho inevitable
que todos vivan o que todos mueran”*
Bertrand Russell

Resumen

El autor indaga los efectos de la IA en la subjetividad, no obstante, previamente, la considera como expresión de un fragmento de la subjetividad. Para ello, examina dos variables, cultura y pulsión. Sobre la primera plantea, especialmente, que para que una creación humana se desarrolle como cambio y logro cultural deben cumplirse ciertas condiciones colectivas, de modo que aquel suceso se conjugue con un ideal. Asimismo, sostiene la significatividad de la pulsión oral primaria, combinada con la libido intrasomática, en los desarrollos tecnológicos y en su uso, más allá de que en cada quien suelen ir acompañadas de otros deseos.

Palabras clave

Inteligencia artificial; cultura; pulsión; pensamiento apocalíptico

Artificial intelligence, culture and drive

Abstract

The author investigates the effects of AI on subjectivity; however, he first considers it as an expression of a fragment of subjectivity. To do so, he examines two variables: culture and drive. Regarding the first point, he argues, in particular, that for a human creation to develop as a cultural change and achievement, certain collective conditions must be met,

so that the event is combined with an ideal. Likewise, it maintains the significance of the primary oral drive, combined with intrasomatic libido, in technological developments and their use, even though in each person they are usually accompanied by other desires.

Key words

Artificial intelligence; culture; drive; apocalyptic thinking

Reseña curricular

Doctor en Psicología. Psicoanalista. Miembro Fundador del Grupo Psicoanalítico David Maldavsky (GPDM). Coordinador del Grupo de Investigación en Psicoanálisis y Política (AEAPG). Autor de los libros Estrés laboral y trauma social de los empleados bancarios durante el Corralito (Ed. UCES), Psicoanálisis del discurso político (Ed. Lugar), Trabajo y subjetividad (Ed. Psicolibro), El malestar en la cultura neoliberal (Ed. Letra Viva), Escenas del Neoliberal-Abismo (Ed. Ricardo Vergara), Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico (Ed. Ricardo Vergara), Pandemia, retórica neoliberal y opinión pública (Ed. Ricardo Vergara), Vestigios psicoanalíticos (Ed. Ricardo Vergara), ¿El resto qué piensa? (Ed. Topía) y Fragmentos y fronteras de la vida psíquica (Ed. Entreideas). Co autor de los libros Lenguaje y psicoanálisis. Investigaciones con el ADL (Ed. Topía), Teoría y Clínica en la obra de David Maldavsky (Ed. Ricardo Vergara), El desvalimiento y las instituciones (Ed. Ricardo Vergara) y Psicopatología Psicoanalítica. Programa Maldavsky (Ed. Lugar).

Inteligencia artificial, cultura y pulsión

1. Introducción

Resulta paradójico que uno de los motivos para este artículo sea el desconocimiento que muchos tenemos sobre la inteligencia artificial (IA): aun no conocemos bien cuántas IA existen, cuáles son sus funciones, posibilidades y limitaciones, la variedad de campos de aplicación, sus riesgos, etc. Intuyo que con excepción de los desarrolladores de IA, la mayoría solo conocemos unos pocos trazos. También motiva este texto el deseo de pensar el impacto social de la IA: por un lado, aunque todavía es prematuro un pronóstico certero, la IA poco a poco afectará nuestras vidas (en la economía, el trabajo, el estudio, la circulación de información, etc.). Por otro lado, también hay un impacto psicosocial, en el sentido de las vivencias subjetivas que despabila la IA. En este nivel, el efecto psicosocial oscila entre la fascinación y el pensamiento apocalíptico. Por último, los trabajos de Ruth Kazez (2025a, 2025b) también fueron un estímulo.

Dado lo anterior, el primer motivo define cierto encuadre; esto es, nuestras reflexiones no traspasan el nivel de las conjeturas. El segundo factor conduce a pensar las vivencias referidas (fascinación y pensamiento apocalíptico) en función de dos variables de la subjetividad, cultura y pulsión. El propósito de reflexionar sobre aquellas vivencias no consiste en minimizar su verdadero impacto. En todo caso, me interesa el fenómeno de la IA desde la perspectiva de la subjetividad. Para ello, expondré algunos caracteres de esta tecnología y, posteriormente, analizaré su relación con la subjetividad desde las hipótesis freudianas sobre pulsión y cultura.

En suma, el análisis de las vivencias apocalípticas y de fascinación, o el examen de los efectos concretos¹, suele considerar que la IA es un agente externo (creado por el hombre) que influye en nuestras vidas. Por mi parte, combino esa perspectiva con otra, la de estudiar la IA como producto cultural, es decir, que su mismo desarrollo es expresión de la subjetividad².

2. ¿Qué caracteres de la IA nos interesan?

Si bien reaccionamos ante la IA como si fuera una novedad, dicha reacción, justificada en cierta medida, no debe omitir que su historia tiene varias décadas de desarrollo y que no es el resultado de una voluntad individual, sino el producto de múltiples esfuerzos (investigadores, empresas y gobiernos).

El problema más relevante del desconocimiento es que podemos negarlo³. Con frecuencia escuchamos: “¿Viste?, ahora con la IA se puede hacer cualquier cosa”. Me interesa este tipo de afirmaciones no por su imprecisión o su error, sino por las fantasías (ominosas u omnipotentes) que subyacen a ellas.

Comencemos con un ejemplo de aplicación de IA que, aunque no es el más representativo resulta ilustrativo. Un algoritmo detecta el *spam* en los correos electrónicos y los envía a la carpeta correspondiente. El algoritmo es entrenado con una enorme cantidad de correos etiquetados como *spam*, y luego se definen los parámetros para identificarlos⁴. Este breve

¹Si vivencias subjetivas y efectos concretos son dimensiones entrelazadas, ¿por qué mantener la distinción? Para diferenciar las transformaciones concretas de los pensamientos, afectos y creencias y, a su vez, para delimitar sobre qué me ocuparé en este trabajo.

²No se trata solo de cómo nos afecta la tecnología sino, además, de indagar en qué medida los avances tecnológicos son también expresión de la subjetividad.

³Tanto el desconocimiento como la negación tienen efectos.

⁴Ésta es una pequeña aplicación de la IA. Como aquí nos interesa estudiar un conjunto acotado de problemas, no podremos reseñar ni los múltiples modelos de IA, ni los numerosos ámbitos de aplicación, entre ellos la industria, la criminología, la selección de personal, la educación, la búsqueda de vínculos, las guerras, el periodismo, la creación artística e intelectual, el medio ambiente, la propaganda, el transporte, etc. Todo ello entraña problemas legales, éticos, políticos, sociales y económicos de diversa naturaleza, según sea la IA utilizada

ejemplo exhibe tres rasgos importantes de la IA: la cantidad de información que procesa⁵, la velocidad con la que trabaja⁶ (que también le ahorra tiempo al usuario) y la toma de decisiones (el algoritmo define qué correo es *spam*).

De aquí se desprende que la IA es impotente para el procesamiento de poca información, y se podrá argumentar que precisamente no fue creada para eso. No obstante, el punto es: ¿cuántas son las actividades para las cuales no necesitamos procesar millones de datos? Y entonces, ¿qué efectos tendrá reemplazar la elaboración de los detalles por el procesamiento tecnológico de una magnitud de datos inabordable para un sujeto? ¿De qué manera interviene lo que Canetti llamó la “*voluptuosidad del incremento numérico*” (1960, p. 294)? A su vez, ¿cuáles serían las tareas que no conviene delegar en la tecnología? En todo caso, ¿cuáles serán las consecuencias de desistir de ciertos esfuerzos? ¿Todo ahorro de tiempo y trabajo es benigno y necesario?

Si deseo escribir un texto, la IA podrá hacerlo en pocos segundos tomando como base miles de textos que estén en internet. Sin embargo, y aun si el texto ofrecido por la IA no tuviera errores, ¿no me alcanzaría con una veintena de libros y artículos para lo que preciso y, sobre todo, ese ahorro de tiempo y esfuerzo ¿no retorna luego como déficit de mi subjetividad?

En esto, tal vez hallemos dos criterios para definir cuándo usar la IA: cuando se trate de esfuerzos que imposibles para el humano, o bien cuando sean innecesarios. Posiblemente, este segundo criterio no siempre sea fácil de discernir. Hay un punto que se enlaza con esto: las

(por ejemplo, por sus grados de autonomía), los motivos y fines de su uso y sus consecuencias mediatas e inmediatas.

⁵ Para tener una referencia: la primera versión del ChatGPT contaba con 17 millones de parámetros, y, la cuarta se anunció que trabajaría con 1,7 billones de parámetros.

⁶ La versión GPT-40 responde audios en 232 milisegundos, una velocidad equivalente a la de la conversación humana.

ocasiones en que alguien no puede confesar que utilizó la IA (por vergüenza, etc.), y entonces se suman otras consecuencias. Mi hipótesis es que en el destino de la IA habrá sujetos que

jerarquizarán las exigencias que plantea, mientras que para otros tantos permitirá responder a cada vez menos exigencias.

Recuerdo que hace un tiempo escribí dos breves notas sobre la IA:

- 4 de abril de 2023: “La humanidad ya creó, hace miles de años, la inteligencia artificial. ¿O acaso haber creado a Dios no fue eso?”

- 31 de julio de 2023:

La mayor sofisticación de los GPS no impide que nuestra desorientación sea creciente, así como celulares con renovadas funciones nos dejan más incomunicados. Las redes sociales son correlativas de la destrucción de los vínculos, y la mayor capacidad de almacenamiento del hardware va de la mano de una memoria desvanecida. La relevancia de los datos se corresponde con una menor capacidad de aprendizaje y una infinita circulación de información solo concluyó en la inexistencia de la verdad⁷. No es, entonces, que la inteligencia artificial pueda reemplazar a la inteligencia y el pensamiento humanos, sino que, más bien, es posible que los humanos sustituyamos nuestro propio esfuerzo mental por la inteligencia artificial⁸.

⁷ La proliferación de “información” por el aumento de la circulación de noticias y de las redes sociales, echó por tierra el anhelo de la democratización de la información y, en su lugar, dio paso a una infinita distribución de falsas noticias, expresiones agresivas y catarsis. Harari piensa que “*la idea ingenua de la información da por sentado que el problema puede solucionarse creando un mercado libre de información. La idea ingenua cree que la eliminación de restricciones al flujo de información libre hará que, inevitablemente, se descubra el error y este se vea desplazado por la verdad... esto es una ilusión*” (*Op. cit.*, p. 131). Es decir, resulta falso que la mentira se resuelve con más información, pues esa expectativa niega las intenciones de los emisores y la credulidad de los receptores. Podríamos decir lo mismo de los discursos que proponen eliminar las restricciones en materia de economía.

⁸ Enfatizar las fantasías apocalípticas relativas a la IA, dificulta pensar los problemas reales, pues se corre el riesgo de Pensar más en la IA (y, eventualmente, en los efectos sobre la subjetividad) que en los sujetos que

Uno de los riesgos, entonces, anida en la posición que le atribuimos a la IA, si la localizamos como una herramienta o ayudante, o bien la suponemos como un doble ideal del

humano. Algunos autores destacan los errores o la falibilidad de la IA (Álvarez Larrondo, 2025; Harari, 2024 p. 44); y lo que subyace a esta advertencia es la necesidad de dejar de atribuir infalibilidad a la IA; desistir del ilusorio afán de expulsar el error de la vida humana.

La IA genera contenido (en cierta medida) nuevo⁹, reproduce patrones del lenguaje humano, crea ficciones de intercambio que despiertan sensación de realismo y hace predicciones a partir de complejos algoritmos que analizan probabilidades. Sin embargo, que parezca que la IA comprende, no hace que tenga conciencia ni afectos. Igualmente, afirmar que las máquinas no sienten, no describe la totalidad del asunto. En efecto, hay tecnología que capta emociones por medio de sensores y biomarcadores e, incluso, procesa esa información y formula predicciones. No obstante, dicha captación sólo es de registros orgánicos del afecto. En todo caso, la IA crea en el humano la vivencia de sentirse sentido por ese presunto otro constituido por la máquina. En suma, el problema es si el sujeto concluye “creyendo” que la máquina también siente¹⁰.

Que la IA generativa arroje respuestas falsas, erróneas, calumniosas o segregacionistas, no prueba su falibilidad, sino que confirma la hipótesis de que el avance tecnológico expresa, aunque sea parcialmente, nuestra subjetividad. Es decir, sus predicciones y sesgos corresponden a las predicciones y sesgos con los que fueron definidos los parámetros.

las crean y utilizan. Mientras no demos precisión a la función que cumple la proyección (en Dios o en la IA), quedaremos expuestos inadvertidamente al retorno de lo que hemos expulsado.

⁹Es original si lo comparamos con las búsquedas convencionales que hacemos por Google. De todos modos, es una originalidad relativa, ya que no podemos descartar formas del plagio y/o de la repetición.

¹⁰ Ya se han registrado, lamentablemente, casos de adolescentes que se “enamoran” del chatbot (simulador de conversaciones humanas) y acaban su vida suicidándose.

Una persona cuenta que su pequeña hija pidió como regalo de navidad volver a ver a su abuelo, fallecido tiempo antes. Inicialmente, los padres de la niña buscaron una foto del abuelo y con la IA crearon un video en el que el abuelo saluda a la niña. Sin embargo, finalmente optaron por proponerle a la hija producir todos juntos un video. De ese modo, el proceso de duelo-recuerdo, no se desarrolla como indiferenciación entre fantasía y realidad, ni entre

memoria y percepción. Era relevante, pues, no superponer (confundir) el mundo imaginativo (lúdico) con la expectativa de un reencuentro real.

Harari enfatiza el problema de la autonomía de la IA, su capacidad de tomar decisiones con independencia de la voluntad humana. Compara con la bomba atómica arrojada sobre Hiroshima, cuya capacidad de destrucción fue inconmensurable, no obstante “en lo referente a su capacidad mental era una nulidad. No podía decidir nada” (2024, p. 240). Y agrega: “Mientras que las imprentas y los aparatos de radio eran utensilios pasivos en manos humanas, los ordenadores se están convirtiendo en agentes activos” (*Op. cit.*, p. 240). El ejemplo histórico referido, entre tantos otros, pone de manifiesto que la destructividad humana ha sido y es de proporciones, y eso solo bastaría para pensar más en el problema humano que en la tecnología. Asimismo, si bien es cierta la distinción entre utensilio y agente activo, no es tan verdadera desde el punto de vista de la subjetividad. Esto es, no es una consecuencia excluyente ni novedosa de la IA la tendencia a proyectar la posición sujeto en un otro, orgánico o inorgánico. Por ejemplo, si pensamos en un televidente, recordemos cuántas veces un sujeto cree algo porque lo escuchó en la televisión.

Harari relata cómo funcionaron los algoritmos de Facebook para incitar el odio en un conflicto en Birmania: “recomendaron a cientos de miles de birmanos las publicaciones repletas de odio” (*Op. cit.*, p. 243). Conviene, pues, anteponer algunas preguntas: ¿Por qué el

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

algoritmo decide lo que decide? ¿Lo hace porque está diseñado para expandir el odio o porque está diseñado para mostrar las publicaciones más vistas? En ambos casos los efectos serán negativos, pero siguen dependiendo de la decisión humana, son humanos los que programaron los algoritmos para aumentar el tiempo de pantalla de cada usuario. Esto es, el

algoritmo no detecta odio, sino un conjunto de palabras e imágenes que fueron etiquetadas como odio, así como detecta qué palabras e imágenes son más publicadas o vistas.

Si bien Harari atribuye responsabilidad a los ingenieros y ejecutivos de Facebook, afirma que también debemos “culpar a los algoritmos, que, mediante ensayo y error, aprendieron que la indignación genera implicación y que sin una orden específica de arriba decidieron fomentar la indignación” (*Op. cit.*, p. 246). Por mi parte, matizaría el alcance del verbo *decidir*, ya que, una vez más, son los humanos quienes entrenan los algoritmos para que detecten los contenidos que despiertan implicación. En todo caso, los algoritmos *aprenden* estadística.

Harari no se enfoca tanto en el presente sino en lo que pueda ocurrir en un futuro más o menos próximo: “aún desempeñamos un papel central en esta red. Pero puede que poco a poco nos veamos desplazados a los márgenes y, en último término, puede que la red llegue a operar sin nosotros” (*Op. cit.*, p. 247). Sobre este pronóstico no puedo expedirme, por desconocimiento sobre la IA y porque sobre el futuro asumo una posición prudente e interrogativa. En todo caso, podemos preguntarnos cómo deslindar las reflexiones que hagan de prevención y anticipación de un conjunto de problemas, de las fantasías ominosas que, desde los tiempos más antiguos, los humanos desarrollamos ante lo nuevo y desconocido.

Un ejemplo interesante es el de un ingeniero de Google que se *convenció* de que un chatbot adquirió conciencia y él debía protegerlo de la muerte digital. Finalmente, la empresa rechazó sus reclamos y lo despidió. Harari se pregunta: “Si un chatbot puede influir en alguien para que ponga en riesgo su puesto de trabajo, ¿a qué más nos puede inducir?” (*Op. cit.*, p. 257). En rigor, la pregunta es: ¿fue influido o el mismo ingeniero se convenció a sí mismo? El relato nos puede angustiar o asombrar, pero el episodio está más determinado por la subjetividad del ingeniero que por un chatbot. Esto no desestima la importancia de

regular el uso de las redes o la IA, sino que dimensiona los hechos que, con diversos revestimientos y tecnologías, sucedieron a lo largo de la historia de la humanidad. Por ello, compartimos la impresión de Hustvedt: “Es divertido plantear grandes reivindicaciones sobre la época que nos ha tocado vivir, por su singularidad, por la sensación de que nada de eso había pasado antes y, quizá irónicamente, hay un regodeo visceral en declarar que hoy todo va mal, peor que nunca... Claro que quienes plantean estas reivindicaciones ocupan una posición especial. A ellos no se les embauca. Lo ven todo muy claro. Yo no me confiaría tanto” (2013, p. 282). Lo que muestra la posición adjudicada a la tecnología es la continuidad de un rasgo subjetivo a lo largo de la historia de la humanidad: proyección, animismo y delegación de las respuestas¹¹. Así, podemos reflexionar no solo sobre los cambios humanos promovidos por la IA, sino también: ¿Qué significa que disponiendo de tecnologías extremadamente más sofisticadas que en siglos anteriores, la dinámica humana no se vea tan alterada?

El significante *viralizar* condensa parte de los problemas. A dicha acción (viralizar) se subordinan otras metas, ya que junto con el término implicación, lo fundamental es cuánto circula un contenido y cuánto tiempo de pantalla tiene cada usuario. Como ya expresamos, la

¹¹ El primitivo “*convierte en personas a sus investiduras afectivas, puebla con ellas el universo y luego reencuentra afuera sus procesos anímicos interiores*” (Freud; 1913, p. 95). Por ello, tomamos las vivencias ominosas y grandiosas como expresión de la proyección, tal como Freud lo describió para el totemismo (1913). Podemos decirlo así: la humanización de la IA no es sino una forma secular de hipóstasis.

reducción al criterio cuantitativo es central. Asimismo, que el verbo viralizar provenga del campo de las enfermedades (cuyo antecedente es el verbo *propagar*) no es irrelevante. En suma, el sintagma cantidad-propagación-enfermedad indica que la ganancia económica, la intensidad, los afectos displacenteros, la indiferenciación y el agotamiento psíquico y orgánico constituyen parte esencial de lo que acontece y se refuerza con la IA.

Si consideramos a las tecnologías humanas en un sentido amplio, hay un conjunto de caracteres que podemos deducir. Algunas tecnologías cobran valor por la variable *cantidad* (de almacenamiento y/o de tareas que realiza); otras se distinguen por la *velocidad* (por el tiempo en el que operan y/o que le ahorran al usuario). Por último, algunas se destacan por su capacidad de *desplazamiento* (posibilidad de llegar a determinados lugares y/o comunicarse con quienes están lejos)¹². En este universo, el teléfono celular adquiere una relevancia singular. Por un lado, comprende las tres variables indicadas: cada día los usamos más, almacenamos más información, realizamos más actividades y los reemplazamos más rápido. Por otro lado, el teléfono celular lo tenemos todo el tiempo *disponible*, lo llevamos siempre con nosotros, lo cual es facilitado por su tamaño, que cabe en la mano. En suma, anterior a la IA, y potenciado por ella, el teléfono celular¹³ es la expresión más intensa de lo que aquí nos ocupa. Explota y combina, como ninguna otra tecnología, las variables cantidad, velocidad, desplazamiento y disponibilidad¹⁴.

¹²Algunas tecnologías combinan más de una de estas características. Por ejemplo, el libro, a diferencia de la tradición oral, permitió almacenar mucha información y estar en diferentes lugares al mismo tiempo. El telégrafo, aceleró el envío de mensajes de un lugar a otro, sin el desplazamiento de un mensajero.

¹³ Coincidimos con Harari cuando plantea: “*resulta difícil determinar qué es lo que impulsa esta revolución. ¿Es internet? ¿Son los teléfonos inteligentes? ¿Las redes sociales? ¿Los algoritmos? ¿La IA?*” (2024, p. 239).

¹⁴En las redes sociales como TikTok los algoritmos aumentan el apego del usuario a través de la sorpresa (el sujeto no sabe qué video va a aparecer) y la reacción (indignación, etc.).

Para finalizar, quiero transcribir una cita de Maldavsky, porque expuesta hace más de 30 años resulta notable su carácter anticipatorio:

Me refiero a aquellas cosmovisiones en las que se refleja el efecto de ciertos procesos de la evolución tecnológica, sobre todo el auge de la informática y el lenguaje computacional. Cuanto mayor el desarrollo de la tecnología computacional, tanto más surge la necesidad de traducir a este lenguaje todo aquello que en la humanidad constituye una herencia cultural. Podríamos decir que se ha creado una nueva exigencia de retranscripción, psíquica y social, de las inscripciones previas... Este es tal vez el modo en que ocurren habitualmente los refinamientos en los procesos psíquicos: una lógica, hasta ese momento combinada con las restantes, se separa, adquiere una autonomía y prevalencia, con lo cual reordena el campo de lo ya dado... Entonces se presentan los problemas de traducción, de retranscripción de un estrato psíquico al siguiente, más complejo, y el riesgo de que algo de lo anterior no tenga su lugar. Este problema ha conducido a algunos a avizorar que el desarrollo del lenguaje computacional conduce a una pérdida del valor simbólico de los objetos, o de la existencia en general, con lo cual el sentido vital queda reducido a la posibilidad de una combinatoria de ceros y unos. A partir de estas consideraciones se han apresurado a decretar la vacuidad de la vida humana en la era posindustrial, con lo cual el pensamiento apocalíptico toma una nueva dimensión. Sin embargo, el problema puede ser encarado desde otra perspectiva: la de un esfuerzo por conquistar una lógica aún más refinada para la expresión de los procesos acontecidos en el ello (1991, p. 256).

En lo que sigue, entonces, expondré dos temas freudianos: cultura y pulsión, para pensarlas vivencias ominosas (apocalípticas) o de fascinación que despierta la IA, las diferencias entre dichas vivencias y los logros culturales y sus correspondientes problemas.

3. Cultura

La pulsión de saber (Freud) es una pulsión compuesta, derivada de la combinación entre las pulsiones de aferrar y de ver, que está promovida por un interés ligado a la autoconservación y el narcisismo, en el afán de comprender el origen de los niños. Luego, sus destinos abarcan un espectro que va desde la pulsión de investigar (con un cambio de meta y objeto), hasta una inhibición o represión del deseo cognitivo (reemplazado por la duda, la indiferencia, etc.).

En estos procesos cobra relevancia la función que Freud denominó *lo nuevo*, que bien puede ser objeto de la desestimación o, a la inversa, la misma defensa (desestimación) puede oponerse a lo antiguo, no para expulsarlo sino para reinsertarlo en estructuras posteriores.

Dicha desestimación, pues, se apoya en la función señalada, la generación de lo nuevo. La hipótesis de lo nuevo sigue la premisa freudiana de la unidad anterior a la diversidad en el proceso de creación de lo distinto. En efecto, tal como lo describió Freud (1932) respecto de la conquista del fuego, la producción de lo nuevo es correlativa de un desgarramiento en lo antes indiscernible. Lo nuevo, pues, es el concepto que reúne desarrollo cultural, pulsión y posición subjetiva (defensas).

3.1 ¿Logro cultural?

El subtítulo dice *logro* en lugar de *cambio*, aunque este último queda subsumido en el primero. Por ello el segundo rasgo del subtítulo, los signos de interrogación. Es decir, ¿todo avance tecnológico es un cambio cultural? Y, además, ¿cuáles son las condiciones para que un cambio devenga en logro cultural? Este tema trasciende el problema de la IA, pero vale la pena examinarlo respecto de la tecnología. Tendremos, pues, que dar un rodeo sobre la concepción de cultura a partir de los desarrollos de Freud (1927, 1930, 1932, 1939) y de Maldivsky (1990, 1991).

3.2. Renuncia pulsional y hostilidad

Cuando Moisés bajó del Monte Sinaí e impuso las Tablas de la Ley al pueblo judío indujo un cambio cultural que Freud denominó *progreso en la espiritualidad*. Aquel suceso mítico se dio en un contexto particular: un larguísimo período de graves penurias en el que parte del pueblo comenzaba a expresar descontento, una iracunda incredulidad y el desvío hacia la adoración del becerro de oro, lo que podría figurarse como una regresión en su religiosidad. A

su vez, el acto de Moisés ocurrió con el ejercicio de cierta violencia. Aunque las condiciones necesarias para un cambio cultural no siempre son las que describe el episodio bíblico, sí podemos afirmar que una mutación cultural no se da de inmediato, lleva mucho tiempo, y no es incompatible con procesos de cierta descomposición social y en los que participa la violencia. Uno de nuestros interrogantes, entonces, es: ¿La era digital es expresión de un cambio cultural o es la causa de dicho cambio? Aunque ambas opciones no son excluyentes, la primera de ellas suele ser menos abordada.

Una antigua instrucción nos decía “*agarrá los libros que no muerden*”. El verbo principal (*agarrar*) nos remite a la pulsión de aferrar y, precisamente, de su combinación con la pulsión de ver deriva la pulsión de saber. En el universo de objetos tecnológicos disponibles muchos de ellos se asemejan por exigir menos de la necesidad de aferrar: libros digitales, pantallas táctiles, alimentos procesados, artefactos que responden a la sola voz, etc. Ya no agarramos ni apretamos botones. ¿Qué pasará, pues, con nuestra pulsión de aferrar y la satisfacción que le es propia?¹⁵

Una vez más, nuestra hipótesis es que la tecnología expresa un cambio cultural y, a su vez, lo refuerza. Me refiero al cambio cultural en el sentido profundo del término, que, por ejemplo, refiere a una alteración en la pulsión de aferrar. Así, se abren dos opciones: que dicha

¹⁵ En un artículo previo (Plut; 2023) examiné las vicisitudes ligadas con la escritura a mano (cursiva e imprenta) en contraposición a su creciente sustitución por el uso de teclados. En todo caso, un interrogante podrá ser: ¿qué deja irresuelto en nuestra economía psíquica el intercambio digital?

pulsión quede trastocada de manera perjudicial (en cuyo caso sería un proceso de descomposición cultural) o bien que se trata de una inhibición en el marco de lo que Freud denominó renuncia pulsional y desestimación de deseos.

Una conquista cultural es el resultado de un proceso que puede sintetizarse así: 1) necesidad, 2) placer, 3) renuncia, 4) conquista cultural. El paso decisivo corresponde a la renuncia pulsional que, aunque no resulta suficiente, constituye una precondition: “la precondition para apoderarse del fuego ha sido la renuncia al placer de extinguirlo mediante el chorro de orina” (Freud; 1932, p. 173). En el mito de Prometeo Freud distingue tres componentes: cómo el héroe transporta el fuego, el carácter de la hazaña (un robo y fraude a los dioses) y el sentido del castigo. Asimismo, entiende que en el mito se entretujan elementos fantásticos, procesos de figuración simbólica (mudanza en lo contrario, etc.) y elementos históricos. Al respecto, sostiene que: “*el núcleo histórico del mito trata de una derrota de la vida pulsional, de una renuncia de lo pulsional que se volvió necesaria*” (Freud; 1932, p. 177).

Freud toma como suceso histórico no tanto un hecho que podría ser contingente, sino un evento anímico necesario; es decir, que conjeturamos su ocurrencia porque no pudo ser accidental, no pudo no ocurrir¹⁶. En suma, Freud reúne un evento histórico necesario, el elemento simbólico fantástico (proceso de figuración) y un hecho orgánico (la necesidad sobre la cual se apoya el placer). Sin embargo, al placer y su correspondiente renuncia, Freud agrega los destinos de la hostilidad: “*en el camino de desarrollo desde el primitivo al hombre de cultura sobreviene una muy considerable interiorización, una vuelta hacia adentro de la*

¹⁶ Esta hipótesis sigue la orientación de Freud respecto de la hipótesis filogenética y del mito del padre de la horda.

agresión, y los conflictos internos serían sin duda el equivalente exacto de las luchas externas así suspendidas” (Freud; 1937, p. 246). El desarrollo cultural, pues, comprende el desenlace para las mociones agresivas, su interiorización, que difiere del masoquismo¹⁷.

3.3. Logro cultural e ideales

Freud (1927) plantea que, dada la fragilidad de las creaciones humanas, se trata de producir y distribuir bienes y, también, de conservarlos¹⁸: cada resultado humano no constituye un logro cultural en sí mismo ya que, para que se dé este paso, debemos responder a las nuevas exigencias que plantea dicho logro.

Freud observa que juzgamos positivamente los progresos sobre la naturaleza y negativamente los asuntos humanos. Curiosamente, esto no conduce a esperar mejores normas que regulen los vínculos sino a la expectativa de su supresión. Freud concluye, entonces, que lo esencial de la cultura humana no es el dominio sobre la naturaleza sino las dificultades que entraña la convivencia, lo que ocurre a dos puntas: vía compulsión externa y vía renuncia pulsional. Ambos ejes (compulsión y renuncia) se corresponden, respectivamente, con dos funciones psíquicas: la voluntad y el pensamiento.

Al plantear la sofocación de la hostilidad y la interiorización de las normas, Freud introduce la función del superyó, que aquí concierne a la construcción de los ideales. De este modo, hablamos de logros culturales si los cambios decantan como ideales colectivos, es decir, cuando son “valoraciones que indican cuáles son sus logros supremos... Por tanto, la satisfacción que el ideal dispensa a los miembros de la cultura es de naturaleza narcisista, descansa en el orgullo por el logro ya conseguido” (*Op. cit.*, p. 12-3). La hipótesis de la

¹⁷ Este último, precisamente, no incluye la renuncia pulsional antes mencionada.

¹⁸ Freud (1932) sostiene que la renuncia pulsional tenía por objeto la *conservación* del fuego.

conquista cultural que deviene en formaciones del ideal es correlativa de nuestra propuesta previa: para que un avance humano constituya un logro cultural debemos responder a las exigencias que plantea.

Surgen, así, diversos problemas: 1) ¿Qué ocurre si una cultura no es capaz de logros que, luego, alimenten los ideales comunitarios? 2) ¿Qué conflictos aparecen si un número importante

de miembros no valora los logros de su propia cultura? 3) ¿Cuáles son las consecuencias si aquellos logros son utilizados, paradójicamente, en contra de la cultura? Si los ideales operan como satisfacción sustitutiva ante las renunciaciones pulsionales que exige la cultura, no es difícil imaginar el destino crítico si los primeros no se crean o bien son atacados. De hecho, si tomamos la referencia de Freud a la importancia de *conservar* los bienes, el ataque a los ideales del yo incluye, el daño a la propia autoconservación.

3.4. La dirección del avance cultural

En otra ocasión (Plut; 2024) sostuve que la creciente conciencia de la diversidad sustenta, al menos en parte, la percepción transitoria de amenazas múltiples. Por otro lado, si el avance siempre es en dirección al origen, a los fundamentos de nuestra subjetividad¹⁹, hacia donde nos reencontramos con la primigenia pulsión de muerte, es posible que parte de las vivencias ominosas surjan desde la vivencia de dicho reencuentro, y no solo de razones objetivas²⁰.

En síntesis, no subestimamos la era digital ni la IA, ni las transformaciones que ya comienzan a exhibirse. Apenas intentamos: a) describir diferencias entre innovación, cambio y logro culturales, b) dimensionar su eficacia en la subjetividad, c) reflexionar sobre el paso

¹⁹ Maldavsky señala que el descubrimiento de las diferentes geometrías (euclídea, proyectiva y topológica) en la historia de la ciencia se dio en un sentido inverso al que se desarrolla en la ontogénesis del sujeto (Maldavsky et al.; 1983).

²⁰ Maldavsky afirmó: "El avance se da por la conquista, por parte del pensar, de modos previos de estructuración psíquica. Es, en suma, un avance hacia atrás, hacia el origen" (Maldavsky et al.; 1983, p. 32).

anterior (que los cambios culturales tienen como precondition una alteración de la subjetividad), d) aventar algo de las vivencias que anuncian el fin de la humanidad. En todo caso, la pregunta pendiente que el tiempo responderá es: ¿el desenlace será un progreso en la espiritualidad o apenas resultará en destrucción cultural?

3.5. Pensamiento apocalíptico

Hay dos formas del pensamiento apocalíptico: una corresponde a aquellos personajes que tienen un goce suicida y, en consecuencia, cual profecía autocumplida, promueven la consumación trágica. En la otra forma, ese pensamiento ocurre ante lo nuevo, cuando para uno o más sujetos no es posible insertarse en la nueva lógica que se desarrolló²¹. Nos interesa este segundo tipo de pensamiento, que anuncia el fin de la humanidad, en el contexto de la psicología de masas²².

Para Freud el superyó tiene un carácter conservador, es resistente a los cambios en tanto representante psíquico de la tradición. Por ello, conviene considerar su función cuando nos referimos a los cambios culturales. De hecho, en el pensar apocalíptico la condena del superyó, que cierra el futuro, se corresponde con el supuesto de una pérdida de ciertos valores. Sin embargo, el complemento de la presunta caída de los ideales sociales es la imposibilidad de generar otros sustitutos. Recién señalé la presunta pérdida de valores, pues, como afirma Maldavsky, quizá sea abusivo concluir que el pensamiento apocalíptico pone de manifiesto la disgregación de los lazos comunitarios en una sociedad; más bien indica que este proceso disolutorio se da en quien lo expone (en quien se identifica con el que esto vaticina) (1991, p. 245)²³.

²¹ Maldavsky alude a los intelectuales que rechazan la cultura de masas por considerarla una expresión de la pérdida de valores, y ello como consecuencia de haber tenido que ceder una posición hegemónica.

²² A diferencia de los delirios, en los que el fin del mundo es una vivencia de acontecimientos ya ocurridos, en el terreno social se trata de un pronóstico sobre el porvenir.

²³ La disgregación social ocurre si el pensar apocalíptico se expande en la sociedad por el poder de un líder.

La hipótesis sobre los logros culturales y el pensar apocalíptico dan cuenta de la importancia del ideal del yo. A partir de los desarrollos de Freud, Maldavsky (*Op. cit.*) describió los ideales según su forma (grados de abstracción y abarcatividad) y su contenido (valor). La forma supone una progresiva distancia entre el yo y el ideal, es decir, este último es cada vez más inaccesible a la identificación. Así, en línea con Freud propuso cinco tipos de ideales:

totémico, mítico, religioso, las cosmovisiones y científico-ético, entre los cuales, el último es el único que no conserva proyectada la omnipotencia del yo. Respecto del valor enumeró siete alternativas: ganancia, verdad, amor, justicia, orden, ambición y belleza. Supongamos, a modo ilustrativo, que la IA es producto de una larga historia orientada por el ideal científico-ético, posiblemente, con una meta centrada en la ganancia económica, combinada con la verdad²⁴.

Resulta notable, pues, que un desarrollo científico (tecnológico) sea percibido de modo tan amenazante. Si bien la historia justifica esa vivencia, me interesa comprender otros motivos y por eso recurrimos a la hipótesis del pensamiento apocalíptico. Nuestra pregunta no es por lo nocivo que produce la IA, sino porqué lo nuevo recibe una significación inquietante. Un producto generado desde el ideal científico puede ser objeto de una regresión y dar lugar a ideales menos complejos (religioso, mítico o totémico). Este proceso conduce a anatematizar todo cuanto se relacione con la IA, en especial de cara al futuro.

El avance cultural y el desarrollo de lo nuevo se dan por la pérdida de un contenido y su sustitución por una sofisticación formal o, dicho de otro modo, por la transformación de una sensualidad en lógica. Este es el proceso imposibilitado y atacado por el pensamiento apocalíptico. Es decir, aquella pulsión que quedó trasmudada en lógica, en refinamiento formal, pasa a ser la expresión del caos. Se comprende porqué planteamos que un producto no

²⁴Me refiero al desarrollo de la IA, y no a los usos posteriores.

pasa, *per se*, a constituir un logro cultural, pues para ello la comunidad y sus líderes deben responder a un conjunto de exigencias. De allí que para Maldivsky “el pensar apocalíptico aparece como una manera de avizorar el destino de aniquilación al que conducen los procesos pulsionales irrestrictos... junto con una disolución de los procesos identificatorios con un ideal elevado” (*Op. cit.*, pp. 254-5).

En suma, si bien en ciertas comunidades pueden desarrollarse fantasías apocalípticas como consecuencia de catástrofes, aquí consideramos otra situación: cuando el pensamiento apocalíptico es el efecto de la dolorosa conquista de una nueva complejización psíquica. Freud (1932) diría que es expresión de la cólera de los dioses (que representan a la pulsión), ante la exigencia de ceder un fragmento de la satisfacción a los procesos sublimatorios. En estas circunstancias el pensamiento apocalíptico se opone a todo lo nuevo, pues allí percibe la causa de todo el mal, del fin de la humanidad.

4. Pulsión

Los caracteres de la IA (cantidad, velocidad, desplazamiento y disponibilidad) evocan la hipótesis de Freud (1930) sobre el sentimiento oceánico, que es descrito como “sensación de eternidad... como de algo sin límites, sin barreras” (p. 65), “ser-Uno con el Todo” (p. 73). Este sentimiento coincide con la vivencia del lactante que aun no deslindó su yo del mundo exterior, que solo más tarde discernirá que lo percibido no es parte de sí, que el afuera, el objeto (pecho materno), se distingue de las propias necesidades corporales por no estar disponible todo el tiempo.

La hipótesis freudiana de las corrientes psíquicas afirma que en cada sujeto hay una coexistencia de deseos. En cada quien se combinan diversas pulsiones, una que es

hegemónica, de modo duradero o transitorio, y otras son componentes que aportan un matiz, que pueden entrar, o no, en conflicto con la prevalente. Asimismo, según el contexto, el destino de tales deseos puede estar comandado por defensas diferentes (sublimación, represión, desmentida, etc.). Pese a esta diversidad, los caracteres de la IA sugieren que ella convoca especialmente dos pulsiones: libido intrasomática y oral primaria (Maldavsky; 1999, 2013) que pueden seguir diversos destinos según sea la defensa. Desde luego, dadas las variaciones singulares, y según el propósito con que se utilice la IA, participan otros deseos (amorosos, estéticos, morales, etc.).

No obstante, aquí me interesa aquello que, de un modo particular, enlaza subjetividad y tecnología.

Si pensamos las variables referidas (cantidad, velocidad, desplazamiento y disponibilidad) no solo como rasgos tecnológicos sino subjetivos, las dos primeras jerarquizan el componente orgánico, en tanto el desplazamiento parece considerar la presunción de un mundo incorpóreo. Quizá, la disponibilidad combine ambas.

Pensamos en la oralidad primaria porque en ella están implicados tipos de goce, percepción y motricidad, así como la significatividad de un mundo abstracto que puede alcanzar al desarrollo alucinatorio. Como punto de partida tenemos en cuenta al valor de la succión y ese momento en el que se da un mamar pasivo, previo al activo (Freud; 1931). Que la disponibilidad combine las dos pulsiones se debe a que el autoerotismo oral primario comienza ligado a la alteración interna. De hecho, en un bebé, el surgimiento de una tensión de necesidad da paso a la alucinación no patógena. Respecto de la motricidad, Maldavsky considera la de los ojos, los dedos y la lengua, cual si esos movimientos crearan la sensorialidad y el objeto: “ese mundo sensorial es generado por el órgano perceptivo mismo, como Freud (1930) lo sostenía respecto del momento en que prevalece el sentimiento

oceánico, cuando el niño supone que todo lo percibido es parte de sí” (1999, p. 118). Es bajo esta lógica en la que la motricidad tiene como meta generar la percepción, que subrayamos la importancia del movimiento de los dedos (teclado, mouse, pantalla) y de los ojos en el uso de la IA²⁵.

Podemos retener dos ideas centrales sobre el vínculo entre un sujeto y la IA: 1) la vivencia de que lo percibido es engendrado por el órgano sensorial; 2) la fragilidad de la investidura de atención, ya sea por el privilegio que tienen las incitaciones orgánicas, ya sea por

la decepción ante un mundo que resulta poco significativo. Si durante la fase autoerótica no es relevante la diferencia entre percepción objetiva y alucinación, la persistencia de esa indiferencia da lugar a la producción de alucinaciones y, en casos menos severos, a una indistinción entre verdad y mentira. En suma, la lógica inherente al deseo oral primario es la de la simultaneidad entre anhelo y percepción.

Aquello que un sujeto crea con la IA puede consistir en un desarrollo sublimatorio (crear una aplicación que detecte una enfermedad), un producto funcional (programar una serie de actividades y envío de mensajes), o bien ser expresión de mecanismos patógenos, como la desmentida (plagio de obras ajenas) o la desestimación (casos de suicidio). Si se quiere, son diferentes modos en que se combinan la percepción, lo nuevo y la alucinación.

En el deseo cognitivo, inherente a la pulsión oral primaria, no se trata de un saber sobre la realidad concreta, que se atiene a los hechos, sino a un conocimiento del tipo de una revelación. Si pensamos en los usos de la IA, si bien son eficaces otros deseos, en numerosos casos lo fundamental no es el contenido hallado, sino la vivencia del usuario, cual si se operara un milagro, una revelación oracular. En todo caso, el problema es qué se considera

²⁵ Dice Maldavsky: “para este lenguaje de pulsión, el desempeño motriz por excelencia está ligado a la actividad perceptiva y a una gesticularidad que hace aparecer o desaparecer el objeto gracias al simple acto: mover un dedo, parpadear, emitir sonidos” (Op. cit., p. 130).

verdadero o falso (como cuando alguien dice “*esto es verdad porque lo vi en las redes sociales*”). Lo que deseo subrayar es que la conexión con la realidad y/o con los otros, mediada por la tecnología, transforma el conflicto inmediato en un problema abstracto.

Hay un aspecto que solo podremos indicar como interrogante, pues no contamos con la base empírica que nos permita avanzar. Me refiero a si en algunos usuarios de IA se crea la vivencia de formar parte de una masa, más específicamente de una masa de dos (Freud; 1921), formada por otros tantos usuarios, todos equivalentes entre sí y apenas ligados por una idea²⁶.

Si las situaciones se cronifican, lo que llaman *aumentar la implicación* (estar muchas horas frente a la pantalla), el riesgo es que el sujeto vaya perdiendo la cualidad psíquica y, en su lugar, cobren relevancia los estados orgánicos (libido intrasomática), ligados con la tensión y la desvitalización. Dicho de otro modo, la disponibilidad permanente del recurso tecnológico conduce a que las vivencias incorpóreas posibilitadas por el desplazamiento se transformen, progresivamente, en estados en los que el único registro es de cantidades y velocidades.

5. Discusión

Hemos abordado el problema de las exigencias, por los esfuerzos que la IA le evita al usuario, y, en términos comunitarios, por las condiciones para que se constituya un logro cultural. Cabe conjeturar que una consecuencia posible del uso de la IA es una pérdida en la singularidad y un déficit en el trabajo psíquico. En efecto, la sutileza de los algoritmos, basados en parámetros estadísticos, para captar perfiles, es un proceso diverso del que concierne a la singularidad.

²⁶ Sobre la representación-grupo inherente al deseo oral primario, Maldavsky dice: “*La relación entre los participantes del grupo es de gran lejanía afectiva, con una fuerte carencia de empatía. A menudo la distancia es interplanetaria, es decir, una distancia pública mediada por aparatos: telescopios, microscopios, radios, televisión y otros instrumentos que constituyen una extensión de los órganos sensoriales despojados de todo contacto tierno*” (1999, p. 158).

Por otro lado, nos preguntamos sobre aquello que cada sujeto proyecta en la IA. La IA proporciona una plataforma propicia para la dinámica animista y la omnipotencia de los pensamientos que Freud describió en el totemismo: el sujeto “convierte en personas a sus investiduras afectivas, puebla con ellas el universo y luego reencuentra afuera sus procesos anímicos interiores” (1913, p. 95). La IA, pues, promueve y refuerza ciertas disposiciones, cuyos puntos de partida son el mecanismo de proyección y los motivos subjetivos para la credulidad acrítica. Ello permite comprender la dinámica entre el usuario y la IA, y diferenciar cómo lo nuevo (aportado por la realidad) se combina con los mecanismos subjetivos preexistentes. Por ello, distinguimos la IA como expresión cultural de la subjetividad, las disposiciones humanas preexistentes y aquello que la IA intensifica en los sujetos.

Al mismo tiempo, respecto de las interacciones con la IA cual si fuera un humano: ¿en qué medida perturban el criterio de realidad, las fantasías y/o la relación entre ambas? En el ejemplo del duelo, del enamoramiento del chatbot, o si la IA “puede hacer cualquier cosa”, nunca hay pérdida, el tiempo está caracterizado por la inmediatez, y todo ello plantea el problema de la relación entre memoria y percepción y, también, entre recuerdos y expectativas. En suma, el reencuentro siempre está disponible y, a su vez, puede tender a suprimir las diferencias.

Los relatos más dramáticos que leímos (jóvenes que se enamoran del chatbot y se suicidan²⁷, personas que cometen un crimen y lo conversan con un asistente virtual, etc.) llevan a preguntarnos también por la relación entre la IA y las alucinaciones. Sin embargo, más que una relación causal, intuyo que la IA ocupa, en esos casos, el lugar de un soporte

²⁷ Hay una diferencia significativa entre que la IA tenga sentimientos y promover que el sujeto haga como si ella los tuviera.

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

(presuntamente) realista para una alucinación. Por ello me pregunté si el uso de la IA afecta al principio de realidad, la fantasía o a la relación entre ambas.

La perspectiva de la pulsión tiene un doble valor: 1) permite establecer lo común dentro de una diversidad. Esto es, más allá de la variedad de deseos que cada quien despliega al usar la tecnología, la cultura digital y la IA requieren dos deseos específicos: libido intrasomática y oral primaria. De hecho, establecimos una correlación entre los caracteres de la IA y tales deseos. Dicho de otro modo, los tipos de percepción, motricidad, espacialidad y representación-grupo que resultan de aquellos deseos (sobre todo, el oral primario) dan lugar a entender el vínculo abstracto, impersonal, que propone la IA, la relación entre el movimiento de dedos y ojos y las pantallas, etc.; 2) posibilita comprender las escenas en que la subjetividad queda afectada por el uso de la IA. En efecto, lo ubicuo e incansable (cantidad, velocidad,

desplazamiento y disponibilidad), sugieren que la intensificación y cronificación de uno o más de esos rasgos conducen a dos tipos de desgaste pulsional (Maldavsky; 2002).

La arquitectura pulsional de un sujeto es heterogénea, lo cual implica considerar las diversas incitaciones y las hegemonías, complementariedades y subordinaciones. Los determinantes de dicha arquitectura son los desenlaces infantiles, pero también una u otra disposición pulsional puede tornarse dominante por las incitaciones mundanas del presente. Las tensiones entre las diversas incitaciones comprenden un ordenamiento en el cual una de ellas (de forma duradera o transitoria) es hegemónica, otras quedan subordinadas y, por último, alguna puede no quedar integrada en el conjunto. La dominante impone al resto su tónica erógena, en tanto las restantes aportan los placeres preliminares, intensifican la tensión

global. En cambio, las pulsiones no integradas al conjunto entorpecen esta constelación e interfieren en los propósitos generales.

Si consideramos las incitaciones que promueve el uso de la IA, hay dos alternativas del mencionado desgaste: *agotamiento y empobrecimiento pulsional*. El primero ocurre cuando hay un conflicto entre la ensambladura pulsional del sujeto y la requerida por el contexto, en este caso, tecnológico (libido intrasomática y oral primaria). Puede ocurrir que tras un período en el que el usuario logra adaptarse a las exigencias de la realidad, se agota la posibilidad erógena porque los placeres obtenidos por estos otros caminos no resultan suficientes o ni siquiera aparecen. Es decir, si insiste el requerimiento de un deseo no coincidente con las hegemonías presentes previamente, se produce un desorden pulsional que conduce al desconcierto de las tensiones en juego. En tal caso, en lugar de la conservación de la tensión (esencial para la vitalidad pulsional) sobreviene un agotamiento o fatiga del conjunto, por la recíproca esterilización de sus componentes. En cuanto al empobrecimiento pulsional, ocurre cuando la

persistencia en el uso de la IA acentúa el deseo prevalente con anterioridad y, en consecuencia, se produce una pérdida creciente de los matices aportados por los deseos que complementan el

núcleo. Dicho de otro modo, la diversidad pulsional de cada sujeto enriquece el empuje de Eros, previene contra la pérdida de elasticidad anímica e interfiere en los procesos entrópicos.

6. Conclusiones

Intentamos pensar un conjunto de problemas delimitados por aquello que el psicoanálisis puede responder. Para indagar los efectos de la IA en la subjetividad, nos preguntamos por un paso previo: entender la IA como expresión de un fragmento de la

subjetividad, a partir de dos variables, cultura y pulsión. Planteamos que para que una creación humana se desarrolle como logro cultural deben cumplirse ciertas condiciones colectivas, de modo que el suceso se conjugue con un ideal. Asimismo, sostuvimos la significatividad de la pulsión oral primaria, combinada con la libido intrasomática, en los desarrollos tecnológicos y en su uso, más allá de que en cada quien suelen ir acompañadas de otros deseos.

Luego pensamos dos efectos complejos: 1) el pensamiento apocalíptico, resultante no tanto de las consecuencias concretas de la IA, sino de las dificultades anímicas, singulares y colectivas, para darle cabida a lo nuevo; 2) el carácter nocivo del uso intenso de la IA: a) agotamiento psíquico y orgánico y b) perturbación de la vida de fantasía y de los nexos con la realidad.

Que la tecnología exigada vez menos del usuario, refuerza aún más la necesidad de identificar y afrontar las exigencias que plantea la IA. Si cedemos a la simplificación (cognitiva y motriz) que facilita la IA, estaremos colaborando para que las fantasías ominosas, al modo de una profecía autocumplida, coincidan cada día más con la realidad. Algo similar ocurrió con la información: un aumento exponencial de su circulación condujo más al caos, las mentiras y la violencia, que a la verdad, el aprendizaje y la lectura.

Harari afirma que “el hecho de que la IA pueda hacerse pasar por un humano amenaza con destruir la confianza entre humanos y desgarrar el tejido de la sociedad” (2024, p. 401).

Coincidimos con esta preocupación de Harari, sobre todo porque ya desde hace unos años asistimos a un creciente deterioro de la verdad, la confianza y el principio de realidad²⁸. Sin embargo, la complejidad de este problema requiere considerar factores que trascienden la IA. A su vez, antes de señalar que la IA pueda hacerse pasar por un humano, conviene advertir

²⁸ En otra ocasión (Plut; 2025) estudié la afectación del juicio de existencia.

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

dos grupos humanos: aquellos que hacen como si la IA fuera un humano, y aquellos que buscan que algunos humanos lo crean.

Hay quienes pronostican la creciente autonomía de la IA, que funcionará más allá de las decisiones humanas, sin lazo con éste. Posiblemente, allí anidan las causas de las fantasías ominosas. Conviene, pues, indagar sobre la efectiva posibilidad de que eso ocurra y cuáles serían las consecuencias. Asimismo, nos preguntamos si esa fantasía no encubre que el humano no ha sido capaz de deshacerse de la destrucción, del otro y de sí mismo. Parte de estos problemas surgen de la negativa humana a admitir su propia insuficiencia, lo cual conduce a negar la falibilidad de la tecnología. Es decir, el humano pretende que la ciencia se arroge aquello que, precisamente, la ciencia desaloja de sí: la ilusión de omnipotencia.

Elon Musk anunció “una IA suprema que busque la verdad e intente entender la naturaleza del universo” (citado en Harari; 2024, p. 109). Aunque para Harari constituye una fantasía peligrosa, antes del juicio de valor, me pregunto cuánto de real tiene el mensaje de Musk y cuánto de una promesa que luego, solo muy parcialmente se cumplirá. Una de las metas de los empresarios es la ganancia económica y ya hay muchos analistas que prevén que tras la IA se esconde una burbuja financiera. Por ahora, sostenemos el interrogante acerca de qué será lo nuevo que la IA producirá, cuánto será expresión de un ideal científico-ético y cuánto

conducirá a una degradación de la ciencia hacia la proyección de la omnipotencia. Como sea, estos desenlaces no serán excluyentes entre sí.

Afirmamos que la IA no será ajena a problemas económicos, ambientales, sociales, geopolíticos, etc., porque también lo podemos decir la inversa: si en ausencia de IA todos esos problemas ya existían, ¿por qué dejarían de existir? Algunos de ellos, posiblemente, se agraven, otros serán novedosos, así como habrá lugar para soluciones más o menos eficaces y

duraderas. Aunque nos hemos centrado en unas pocas variables y consecuencias, este texto no subestima un conjunto de riesgos, entre ellos, aumento de la desigualdad, guerras, espionaje, control social, daños medioambientales, aumento de la violencia y el odio, etc. Nada de ello será nuevo, la IA no habrá inventado nada, no obstante su expansión y la exigencia de hallar nuevas respuestas sí derivarán, al menos en parte, de los avances de la ciencia y la tecnología.

7. Comentarios finales

Nuestra expectativa fue estudiar las vivencias apocalípticas y de fascinación que sentimos ante la IA. En efecto, si no discernimos las primeras, no tendremos dimensión de los reales problemas creados por la tecnología, mientras que si no despejamos las segundas, tampoco podremos valernos de sus virtudes. En qué medida el avance tecnológico deviene en un logro cultural; cuánto ese proceso es expresión de la subjetividad y cuánto la modifica; y, en última instancia, qué nuevas exigencias plantea la IA, todo ello en el marco de los imperativos éticos, son los problemas a los que el intento de darles respuesta nos condujo al reencuentro y la confirmación de nuestra ignorancia, es decir, el hallazgo de nuevos interrogantes.

Sabemos que uno de los problemas es el tiempo que estamos frente a una pantalla y sus consecuencias, así como ya nos enteramos de ciertos trabajos que comienzan a ser

reemplazados por la IA. No obstante, para determinar los efectos de lo nuevo (cuáles son esos efectos, en qué se distinguen de los efectos de tecnologías y costumbres anteriores, etc.), serán necesarias investigaciones sistemáticas que vayan más allá de conjeturas y sospechas. Si no, seguiremos presos de sentimientos ominosos u omnipotentes.

Asimismo, la preocupación por la IA está enfocada en comprender el presente (de qué se trata, cómo se usa, qué reemplaza, etc.) y sus posibles efectos de cara al futuro. Sin embargo, hay

una inquietud adicional: cuando ese futuro ya sea presente, probablemente nos encontremos con un problema hacia el pasado, sobre todo, si la historia resulta ser una construcción y remodelación realizada por la IA.

Un reclamo que se nos puede hacer, entonces, es que estemos pensando lo nuevo con categorías de un mundo que ya no es o que pronto dejará de ser. Aunque no descarto que así sea, antepongo dos argumentos: 1) nadie piensa con conceptos que no conoce o experiencias que aun no tuvo y, en todo caso, uno se previene sosteniendo los interrogantes o asumiendo el carácter hipotético de sus afirmaciones, 2) si tanto nos inquieta el fin de la humanidad, ¿no estaríamos abonando a ello si, ya desde ahora, desistimos de principios o criterios que aún no quedaron obsoletos?

La pregunta futurista, entonces, es si la IA, en su rol de agente y no de instrumento, con sus crecientes grados de autonomía y capacidad de tomar decisiones, dejará de ser expresión de la subjetividad. No me refiero únicamente a que las decisiones sean buenas o malas, o a sus consecuencias, sino al momento, si llegase, en que la IA haya perdido toda genealogía con la voluntad humana que la creó, se haya desconectado de cualquiera de las huellas o rastros humanos que le dieron origen²⁹. Por el momento, nos quedamos con la sentencia freudiana: “la ciencia sólo nace cuando uno ha inteligido que no conoce al mundo” (1913, p. 94).

Referencias

Álvarez Larrondo, F.; (2025) *IA ¿Amenaza o solución?* Buenos Aires. Ed. El Ateneo.

Canetti, E.; (1960) *Masa y poder*, Obra Completa, Vol. I. Buenos Aires. Ed. De Bolsillo.

Freud, S.; (1913) *Tótem y tabú*, O.C., Vol. XIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

²⁹ Harari teme que la IA, una vez que haya un mito creado por “*entidades inorgánicas, podría no deber nada a los antiguos dramas biológicos y ser del todo ajeno a nosotros*” (2024, p. 353).

- Freud, S.;** (1919) *Lo ominoso*, O.C., Vol. XVII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*; O.C., Vol. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1927) *El porvenir de una ilusión*, O.C., Vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1930) *El malestar en la cultura*, Vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1931) *Sobre la sexualidad femenina*, Vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1932) *Sobre la conquista del fuego*, O.C., Vol. XXII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1937) *Análisis terminable e interminable*, O.C., Vol. XXIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.;** (1939) *Moisés y la religión monoteísta*, O.C., Vol. XXIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Harari, Y. N.;** (2024) *Nexus*. Madrid. Ed. Debate.
- Hustvedt, S.;** (2013) *Vivir, pensar, mirar*. Buenos Aires. Ed. Anagrama.
- Kazez, R.;** (2025a) El devenir de la subjetividad en tiempos de la inteligencia artificial, *Actualidad Psicológica*, N° 550.
- Kazez, R.;** (2025b) La conquista y el sostenimiento de la posición sujeto en tiempos de algoritmo, *Cuadernos del GPDM*, Vol. 6, N° 3.
- Maldavsky, D.** (1990) “Desestimación y procesos culturales”, *Actualidad Psicológica*, N° 165.
- Maldavsky, D.;** (1991) *Procesos y estructuras vinculares*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.

- Maldavsky, D.;** (1999) *Lenguajes del erotismo*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.
- Maldavsky, D.;** (2002) “Las situaciones críticas y la economía pulsional”, *Intervenciones en situaciones críticas*, Vol. 2 (Beker *et al.*, comp.) Buenos Aires. Ed. Catálogos.
- Maldavsky, D.;** (2013) *ADL. Algoritmo David Liberman. Un instrumento para la evaluación de los deseos y las defensas en el discurso*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Maldavsky, D.;** (2019) “Medios informáticos en psicoterapia de orientación psicoanalítica”, *Actualidad Psicológica*, N° 485.
- Maldavsky, D. et al.;** (1983) *Sexualidad femenina y procesos de pensamiento*. Buenos Aires. Ed. Finnegans.
- Plut, S.;** (2018) *El malestar en la cultura neoliberal*. Buenos Aires. Ed. Letra Viva.
- Plut, S.;** (2020a) *Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico*. Buenos Aires. Ed. Ricardo Vergara.
- Plut, S.;** (2020b) *Pandemia, retórica neoliberal y opinión pública*. Buenos Aires. Ed. Ricardo Vergara.
- Plut, S.;** (2021) *Vestigios Psicoanalíticos*. Buenos Aires. Ed. Ricardo Vergara.
- Plut, S.;** (2022) “Aferrarnos”, *Norte Online*, <https://norteonline.com.ar/aferrarnos/>.
- Plut, S.;** (2023) “¿Adiós cursiva?”, *Norte Online*, <https://norteonline.com.ar/adios-cursiva/>.
- Plut, S.;** (2024) *Fragmentos y fronteras de la vida psíquica*. Buenos Aires. Ed. Entreideas.
- Plut, S.;** (2025) *El autoerotismo libertario*. Buenos Aires. Ed. Topía.
- Vasen J.;** (2025) *Generación Algoritmo. El desánimo y la ansiedad en la telaraña digital*. Buenos Aires. Ed. Noveduc.